

LA DIVISA DE PEREIRA

Ernesto Escapa

Sólo el aconchado recelo a admitir que el talento no se tasa al bulto, puede explicar la seria anomalía de que el escritor Antonio Pereira siga sin un Nacional de las Letras a estas alturas de su trayectoria como autor de cuentos. Aunque también es verdad que pesa lo suyo el resabio gremial a ponderar un género literario que todavía cuenta con poco menaje teórico, porque esa orfandad obliga a los intrépidos a moverse por su cuenta y sin apoyos externos. Pues ya está bien. Año tras año, Pereira va agrandando su obra con nuevos libros que hacen más ostensible el despiste, mientras la ruleta institucional se obstina en el agasajo a los subalternos, premiando el abrecartas de un plumífero de Elche. Caprichos que aparte de idiotas no serían tan molestos si no acarrearán el olvido pertinaz de un maestro como el berciano Antonio Pereira. Su libro más reciente, «La divisa en la torre», compila 58 relatos fascinantes y añade un nuevo peldaño a su pedestal de clásico.

Pereira ha encontrado en el cuento la horma para templar el hilo a la cometa de su fantasía. En esta distancia corta, el humor del noroeste, la tierna ambigüedad, el episodio menudo, la confidencia coloquial y un tenue erotismo, que el autor registró con patente diocesana, encuentran su expresión más feliz. Es un escenario fugaz pero inolvidable, que concilia el difícil maridaje entre imaginación y realidad, modelado con sutileza de orfebre en el manejo de la palabra. La frescura de prosa y la jovialidad de los asuntos que trenzan sus relatos podría inducir a equívoco, pero Pereira es un caballero con los 84 cumplidos. Así que más retraso en reconocer su magisterio, no es ya simple desdén, sino una grave afrenta. Como cuentista, ocupa la cumbre del género, y lo vuelve a mostrar en este libro, que recoge retazos de memoria, fragmentos de una biografía inoculada de literatura. Por sus páginas discurren leoneses de pluma, paisanos joviales y algún adusto anfitrión palaciego con bigotes. Esa capacidad de convertir en arte lo cotidiano, no constituye sorpresa, sino la prueba de un talento narrativo que no desmaya ni languidece.

Después de un volumen primerizo de cuentos, con el que obtuvo el premio Leopoldo Alas a mediados de los sesenta, Pereira alcanzó su madurez en 1976 con «El ingeniero Balboa y otras historias civiles». Luego depuró el oficio a lo largo de tres décadas, que dieron para siete libros más de relatos y otras tantas antologías, que en este género, como en la poesía, son un remedio muy socorrido para aspirar a nuevos

lectores. «La divisa en la torre» conecta con el universo memorial de «Reseñas y confidencias» o «Crónicas de Villafranca», un par de libros magníficos sofocados por su edición en la provincia. De nuevo transitan por estos relatos sus cómplices de aventura literaria, desde los más cercanos a los dioses mayores. Y tantos episodios de una memoria traviesa, que nos deleita con destellos de gracejo, a la vez que muestra la cartografía de sus afinidades y pasiones más íntimas.